

ALFAGUARA



Laura Castañón

Dejar las cosas en sus días

Para los más míos. Ellos ya saben.

*A la memoria de mi padre, que sonrió mientras le leía
algunos párrafos de esta historia en el hospital,
el último día.*

Ya no quiere ni hablar, ni recordar,
lo que hiciera hecho está,
para qué alimentar una agonía.
Hay que dejar las cosas en sus días...

J. DE DIEGO

Si Benito Montañés hubiera sabido, al asomarse a la mirada aturdida de la niña que acababa de parir su mujer, interpretar los augurios de una rebeldía que sólo podía engendrar desdicha, se habría pensado mucho pronunciar la frase que, con la solemnidad que solía aplicar a la mayoría de sus aseveraciones, dijo a continuación:

—Se llamará Claudia.

Y como consecuencia, la trilliza Paloma se habría librado del pescozón que le suministró Sidra, la hermana mayor, tras la rapidez de su respuesta.

—¡¡Como las ciruelas!!

Ni la salida de tono, no tanto por lo impropio de la observación, como por el hecho imperdonable de haber irrumpido en una conversación de mayores —algo muy castigado en la casa de Pomar—, consiguió alterar el gesto de Benito Montañés, que en ese momento transitaba a bordo de algo parecido al arrobó, por pensamientos felices localizados en los días que se avecinaban, y en cómo el Altísimo, en su infinita sabiduría, ponía orden en el universo y en el discurrir de los acontecimientos y, a pesar de la amenaza de huelga y de lo revuelto que estaba todo, había hecho coincidir, como él tanto había pedido en sus oraciones, el nacimiento de su hija con la visita tanto tiempo esperada. Él habría preferido que fuera un niño, y no ya porque aquella casa con Sidra y las trillizas pareciera un gineceo en el que sobrevivía Manuel como único varón, y poco, por cierto, tan frágil, siempre acatarrado y flaco, sino porque entonces se habría llamado Claudio.

—Desde luego, qué manía, Virgen santa.

Apenas se la oyó, porque apenas podía levantar la voz desde aquella marea de sábanas bordadas y almohadones de

raso donde a pesar de lo previsible —qué era dar a luz una niña después de haber pasado por el trance de parir trillizas seis años antes—, Ángeles Ariznabarreta se preguntaba por qué le dolía tantísimo la cabeza. Si no hubiera sido por eso, seguramente le habría espetado al hombre con el que compartía su vida desde hacía diecisiete años que estaba hasta el mismísimo moño de aquella devoción suya por el señor Marqués, y que ya le parecía el colmo que eligiera su nombre para la niña que acababa de nacer. Ella, que quería llamarla Rosalía.

—Habrase visto, qué nombre... —acertó a decir, pero ya nadie la oyó. Todos pensaron que se había quedado dormida por el agotamiento. También por las horas, porque ya se había instalado la madrugada, aunque no lo pareciera: en la casa aquello era un alboroto de niños que no se habían querido dormir, y de criadas que no habían conseguido llevarlos a la cama, y un ir y venir de don Efrén, el médico; y Eloína, la comadrona; y Begoña, la prima de Ángeles que había llegado desde Bilbao para acompañarla en los últimos días del embarazo y el parto. Y así siguió durante un rato, el tiempo suficiente para conseguir que los niños se durmieran, y Migio ensillara el caballo para llevar a la comadrona hasta su casa, y Benito Montañés y don Efrén se terminaran la copa de anís que se tomaban en la biblioteca comentando las últimas incidencias que había proporcionado la huelga, hasta que el llanto del bebé desde el dormitorio azul se confundió con el grito de Begoña, que tras zarrandear a su prima, extrañada por su quietud y su falta de reacción al hambre traducida en berridos de la niña, comprendió, con el vértigo que producen algunas certezas, que su prima Ángeles acababa de morir.

Así que Ángeles Ariznabarreta se murió del parto, había anotado Aida en la Moleskine roja, que se había convertido en una de sus más asiduas compañías desde que decidiera adentrarse en aquel laberinto sin más hilo de Ariadna que las historias tantas veces escuchadas, algunos papeles y un puñado de fotos. En la que ocupaba ahora por completo la pantalla del

portátil, la única en la que aparecía su bisabuela, parecía claro que era una candidata a morir por una eclampsia: si hasta en aquella foto, tomada un año antes de su muerte, los tobillos y los pies parecían edematosos. Eso, o que le sobraban un montón de kilos, que también. Pero parecía tan fuerte, rodeada de los cinco hijos que tenía entonces. Lo que son las cosas, escribió lentamente, ella, que sobrevivió a un parto de trillizas. Ella, que era de las poquísimas de toda la comarca que se vio atendida por un médico y una comadrona, cuando lo normal era que las mujeres pariesen sin más contemplaciones y sin más ayuda que la de una madre o una suegra bienintencionadas y en unas condiciones bastante más lamentables que las que rodearon el nacimiento de Claudia. Tan fuerte, tan vasca, según le habían contado. Y posiblemente tan huraña como se mostraba en aquella foto con los niños, en lo que debió de ser una primavera, porque se veían las camelias (tenían que ser camelias) florecidas justo detrás del banco de piedra donde se encontraban cuando tomaron la foto. El banco de piedra de la casa de Pomar, refugio de tantas tardes de verano. Tan poco feliz, anotó Aida, y volvió a mirarla, rastreando cuánto de ella misma venía desde un remotísimo pasado, corriendo y perpetuándose por las venas de quienes la precedieron. De reojo, en un espejo pequeño colgado en la pared, se echó un vistazo: qué poco se parecía a su bisabuela, de no ser por aquel fondo de tristeza instalado, como una amenaza de desconsuelo que nunca se sabía si estaba por venir o era antiguo, al final de aquellos ojos que últimamente, maldita sea, comenzaban a requerir con urgencia la complicidad de unas gafas redentoras.

La muerte de Ángeles Ariznabarreta trajo como consecuencia que se empezara a distinguir lo urgente de lo importante. Y lo urgente, en aquel momento, era encontrar a alguien que se encargara de alimentar a la recién nacida a la que no parecía sentarle nada bien la leche de vaca rebajada con agua que se le suministró como medida inmediata durante aquellas primeras horas de desconcierto y lágrimas, que convirtieron la casa de Pomar

en un espacio invadido por el estupor que cada uno iba gestionando como podía. Así, Benito Montañés, pálido y de repente mudo, se limitó a arrodillarse junto al lecho de su mujer y a rezar, para después encerrarse en la biblioteca con el fin de escribirle una larga carta a don Claudio, el Marqués, como hacía cada noche, con la diferencia de que ahora escribía con la luz de la mañana colándose a través de los visillos y, por una vez, apenas le hablaba de sus minas, ni de sus trabajadores. Era la primera ocasión en que una carta dirigida al Marqués abordaba cuestiones personales: le informaba del modo en que el alma se le había quedado como suspendida en el aire, y del frío que se le había colado como por dentro de los huesos, por el tuétano mismo, de forma que no podía dejar de tiritar y tenía serias dudas de que aquello no desembocara en algún tipo de mal que lo tumbara enfermo, ahora que era tan necesario tanto en la empresa como en casa, donde una criatura indefensa precisaba de su especial atención, ya que la pobre había traído consigo un equipaje de desgracia que confiaba que el señor Marqués conjurara haciéndole el honor incommensurable de apadrinarla, para compensar tanto infortunio, y que bien podrían hacerlo aprovechando la visita que estaba previsto que cursara en los días siguientes, ya que nada habría que pudiera consolarlo tanto en la pérdida de su querida esposa como saber que la hija póstuma, a la que con ese motivo tenía previsto imponer el nombre de Claudia, tendría ya para siempre, con el carácter que el bautismo imprime, la protección espiritual de un hombre tan buen cristiano y de una bondad sin límites como era el Marqués.

Los niños reaccionaron cada uno a su manera. Manuel se encerró en el cuarto amarillo y lloró hasta quedarse dormido. Las trillizas, con aquella extraña alianza que parecían tener, se sentaron en las escaleras cogidas de la mano y permanecieron calladas durante horas. Y Sidra se recluyó en un silencio muy parecido al de su padre, sin apenas lágrimas, pero como si de pronto se hubiera instalado en la adultez, por la que parecía deambular desde siempre, con aquel gesto hosco, aquella mirada hostil, coronada por un ceño permanentemente fruncido. Por su parte, Begoña no halló otra forma que las lágrimas de

darle salida al vértigo que se le instaló como una dentellada en el alma desde el momento mismo en que sintió la muerte en los dedos que rozaron el rostro de su prima: acababa de perder a la única hermana que había tenido, porque ambas habían sido hijas únicas y habían crecido como tales, compartiendo las tardes de lluvia y las mañanas de sol en Las Arenas, las horas perdidas en Usategui, aquel baile de la inauguración del Real Sporting Club de Bilbao, la institutriz inglesa y las historias que inventaban acerca de ella y, sobre todo, el secreto que jamás revelaron: la forma en que aquel muchacho de Vitoria que trabajaba en la construcción del Puente Colgante las desvirgó a ambas con un par de días de diferencia, y de qué modo las dos se conjuraron para jamás contárselo a nadie, ni siquiera a su confesor, que ya había dado sobradas muestras de no ser muy fiable a la hora de guardar secretos de confesión. Tal fue el peso de aquel episodio y tan dispar su forma de abordarlo, que Ángeles llegó a creer que realmente era virgen cuando se casó con Benito, y Begoña permaneció soltera con la certeza absoluta de que no habría hombre que no fuera capaz de averiguar la turbiedad que aquel muchacho, cuyo nombre no recordaba, había sido capaz de imprimir en su pensamiento y en las mareas que la visitaban en las noches, sin que jamás supiera distinguir si el rostro impreciso y su aliento y aquellos extraños gemidos formaban parte del equipaje de un sueño o de una pesadilla que la hacía despertarse bañada en sudor debatiéndose entre el deseo y el espanto. Hablar con Ángeles de aquello se había convertido en el único consuelo, y la memoria y el olvido habían jugado sus cartas de un modo tan raro, que cuando hablaban de *él* parecían estar haciéndolo de un antiguo novio de Begoña, como si las dos hubieran perdido por el camino las horas en que Ángeles también había estado en aquella caseta de la obra, y había sentido los mismos labios y las mismas manos, y el mismo temblor, y sin embargo nada en su recuerdo remitía al olor de otro cuerpo, de forma que había llegado a pensar que si alguna vez lo sentía como propio, como si a ella también le hubiera ocurrido, se debía a las muchas veces que Begoña había vuelto sobre ello.

Así las cosas, Dorotea, que era la más antigua de las criadas de Pomar y estaba en la casa desde que Benito Montañés y Ángeles Ariznabarreta se instalaron allí recién casados, al llegar de Madrid con el nombramiento de director de la Sociedad Hullera Española, tomó cartas en el asunto. Acudió con prontitud a su red de informadores para enterarse de qué posibilidades había de encontrar un ama de cría para la niña. Ángeles Ariznabarreta, para escándalo de su familia de Bilbao, había decidido amamantar a sus hijos a partir del nacimiento de Manuel, y sólo cuando nacieron las trillizas tuvo que recurrir a la ayuda de un ama, porque aunque las tres niñas eran unos micos por cuya supervivencia nadie daba un duro, no dejaban de ser tres. En aquel momento fue una mujer de La Forcá, madre de seis hijos que se habían criado con una salud y unos mofletes tan envidiables, que de algún modo se justificó que Paloma, que fue la agraciada para alimentarse compartiendo la leche con el hijo pequeño de Toña, siempre fuera un poco más alta que sus dos hermanas. También más despierta, más respondona y más desobediente que las otras dos, lo que confirmaba la teoría de Ángeles de que uno es lo que mama, en sentido estricto. Toña habría sido una buena opción, pero su último hijo (que hacía el número ocho) ya tenía nueve meses y no estaba en la disposición más adecuada para incorporar a una recién nacida. Aquella misma mañana Reme, la más joven de las chicas de la casa, llegó con noticias de posibles amas de cría, que no eran precisamente buenas. Desechadas algunas candidatas por su lejanía, en pueblos de complicado acceso (Grameo, Bandoreyo, Forniello y Valdesenche), solamente quedaban tres posibles y ninguna de ellas parecía el ama de cría ideal para la niña Montañés. La primera fue rechazada en el acto: su condición de madre soltera (y ya era su segundo hijo, lo que la convertía en una puta sin enmienda) no pasaba ni el más mínimo de los requisitos necesarios. La segunda tampoco obedecía a lo que Ángeles Ariznabarreta (su ausente opinión se convirtió de inmediato en la ley que venía a regir cada una de las decisiones de la casa) hubiera deseado para su hija. Se trataba de una mujer de Los Tableros, madre de tres hijos y esposa (esto era lo malo) de

Colás Teyera, uno de los mineros más problemáticos con los que tenía que vérselas la gente de Benito Montañés. De hecho, parecía poco probable que permaneciera durante mucho tiempo trabajando en la mina Dos Amigos, donde se le consideraba uno de los principales promotores de todos los intentos de huelga (incluso alguno de los guardas jurados le había hecho saber a Benito Montañés, en uno de sus informes, que había sido visto en Mieres en un mitin de Manuel Llaneza), convenientemente neutralizados gracias a los afiliados al Sindicato Católico. Dorotea no se paró ni dos minutos a pensar en esta mujer como posible nodriza. Sería enterarse el señor y darle allí mismo uno de aquellos ataques de cólera en el transcurso de los cuales podía suceder cualquier cosa. La tercera candidata reunía algunas de las condiciones que se le exigían: era una mujer joven, sana, muy próxima, porque vivía en El Pedroso, y su hijo tenía apenas un mes, por lo que estaba en un momento perfecto para convertirse en el ama de cría de Claudia. El pero que le ponía Dorotea era que Camino, que así se llamaba, estaba viuda. Su marido se había matado en la mina, en Melendreras, a los pocos días de nacer el bebé.

—Bastante tien esta neña ya con ella, con lo de la madre, pa que encima tenga que mamar toa la pena de Camino...

—Ay, Dorotea, por Dios bendito, muyer... Qué tendrá que ver. Si nun se-y quitó la leche cuando murió Xelu, ya me dirás a mí...

—Ye que nun pué ser bueno. Ya verás como nos va a salir una rapacina triste pa los restos...

—Si sal triste, nun va a ser por lo de la leche, eso dígotelo yo. Saldrá triste porque la prohibina con quedar en sin madre, ya tien de sobra...

Todo era tan complicado que Dorotea, por primera vez, se sintió superada por los acontecimientos. No tenía ni el más mínimo problema en trabajar como una mula, ni en obedecer cualquier orden de los señores. Pero aquello era otra cosa, porque había un extraño vacío de poder como si la muerte, como un torbellino enloquecido, hubiera dejado patas arriba la casa y las capacidades de sus habitantes. Y había tantas cosas que ha-

cer, tantas decisiones que nadie parecía tomar, tantos pequeños detalles. Mientras Claudia berreaba, seguramente atormentada por los cólicos de una mala asimilación de la leche de vaca, y Reme la mecía intentando en vano calmarle el llanto, Dorotea se preguntaba por qué la gente cuanto más dinero tiene, y más importante es, menos entiende qué es lo que hay que hacer en cada momento. Y en aquella casa había un cadáver que había que velar y organizar el funeral, y enterrar, y había una recién nacida que había que alimentar. Y mientras sujetaba la cabeza con las dos manos, apoyados los codos en la gran mesa de mármol de la cocina, tratando de encontrar una solución que no pasara por molestar al señor, que seguía encerrado en la biblioteca, la respuesta a sus plegarias vino en forma de una sombra negra: Sidra había sacado del armario de Ángeles Ariznabarreta un vestido de cuando el luto que ésta había llevado por su propia madre, y se había arreglado para ponérselo, adaptándolo a fuerza de alfileres, y como si desde la tela igual que un vapor se emanara el espíritu ido de quien había sido dueña de los destinos de aquel hogar, Dorotea se quedó sorprendida al ver la naturalidad con la que Sidra disponía, como si lo hubiera pensado mucho rato, cuáles eran los pasos que había que seguir para que la casa continuara funcionando, y que pasaban, en primer lugar, por encontrar un ama de cría para Claudia, disponer el velatorio en la sala de abajo, después de quitar la mesa de billar, y el entierro, y mantener los ritmos de la casa y de sus habitantes de la forma más racional posible. Así que le pidió a Migio que volviera a llamar a don Macrino, el párroco de Santa Cruz, al que ya había ido a buscar un par de horas antes, casi sin bajarse del caballo, después de haber dejado a la comadrona en su casa, para que administrara la extremaunción a lo que ya era el cadáver de Ángeles Ariznabarreta, y que ante la falta de decisión de Montañés, que atribuyó a la profunda pena y a que también él mismo estaba muerto de sueño (nunca acababa de acostumbrarse a que interrumpieran su descanso a cualquier hora de la noche), había vuelto a la casa rectoral, dejando para la mañana todos los datos relativos a las exequias. Pero mientras el párroco llegaba y no, que estaría a esas horas diciéndoles la

primera misa de la mañana a las monjas del sanatorio, lo primero era que su padre decidiera quién iba a encargarse de alimentar a la recién nacida.

Benito Montañés no quiso saber nada del asunto del ama de cría para Claudia. Se limitó a decir lacónicamente, cuando Dorotea le transmitió su inquietud acerca de la inconveniencia de que fuera Camino la encargada de darle de mamar con lo reciente que estaba lo de su marido, que tenía entendido que la joven viuda era buena católica. Y de ser así, por él no había ninguna razón para que no pudiera amamantar a la niña. Y en cuanto a Sidra (de pronto se diría que su opinión era fundamental), no parecía demostrar la más mínima inquietud por el hecho de que la pena pudiera incorporarse como parte del alimento que recibiría su hermana.

—Tampoco lo veo yo tan mala cosa, Dorotea. Al fin y al cabo, éste es un valle de lágrimas. Y cuanto antes lo aprenda, mejor le irá en la vida.

Gracias a Paloma, Aida conservaba objetos que algún día formaron parte del hogar de los Montañés. Tenía, por ejemplo, unas cucharillas de plata y marfil tallado, y media docena de platos que habían sobrevivido a los naufragios, de la que había sido una vajilla primorosa, con unas flores diminutas de color malva, y con un hilo de oro (de oro de verdad, le había dicho Paloma mientras pasaba su dedo tembloroso por el borde del plato, y de Limoges, mira, mira cómo lo pone aquí, en el reverso, se la trajeron de París a mi madre los tíos de Bilbao, cuando se casó). No tenía ni la más remota idea de qué había sido del resto de la vajilla, pero cuando pensaba en ello había un estruendo de platos rotos y palabras hirientes en su cabeza, sin que nunca pudiera llegar a descifrar cuál era el misterio.

Guardaba como un tesoro algunos cuadernos escritos con exquisita caligrafía, y una caja de música que, al abrirse, ponía en marcha a una pareja de muñequitos que giraban mientras sonaban los compases de «Dónde vas con mantón de Manila», y que Benito Montañés había regalado a su mujer poco

antes de casarse, tras una representación de *La verbena de la Paloma* en el teatro Apolo. A Aida le habían contado que su bisabuela había salido de la zarzuela tarareando la canción y no había dejado de hacerlo durante todo el trayecto hasta la casa en que se alojaba en Madrid, la de los amigos de su padre, el ingeniero Fernando Pariente y su mujer (que a la postre sería el que recomendaría a Benito Montañés para el puesto de director de la Sociedad Hullera Española, que lo llevaría a los valles tan verdes como negros de la Asturias donde el marqués de Comillas extraía carbón para que sus empresas funcionaran). De dónde sacó Benito Montañés aquella caja fue siempre un irresoluble misterio, como también lo era el poder mágico que parecía ejercer sobre las traviesas trillizas antes de dormir, y sobre Claudia, que podía pasarse horas mirando a aquellos dos muñecos vestidos con una insólita perfección y que daban la impresión de bailar un chotis sin dejar de mirarse a los ojos.

De Manila, porque desde allí llegó, aunque en realidad de seda china bordada, era también el mayor tesoro (al menos en lo que se refería al dinero que podría obtener en eBay si venían las cosas mal dadas) que conservaba Aida. Una colcha que, por lo que supo, provenía de la familia de Benito Montañés y formaba parte de un lote que su padre, es decir, el tatarabuelo de Aida, había obtenido como cobro de una deuda de juego.

También tenía algunas sábanas de hilo, bordadas por las manos de las niñas, en tantas tardes en la galería de Pomar, para un ajuar que nunca tendría más destino que el olvido y que Aida conservaba en su armario sin usar jamás, a pesar de que siempre se decía que serían para un día especial con alguien especial.

«Alguien especial», anotó Aida en el cuaderno y después encerró las dos palabras en una especie de lazo, que casi parecía un corazón, lo que la hizo corregir la trayectoria del bolígrafo instintivamente: volvían los viejos pudores, y que aquello pareciera un corazón la hacía temer un ataque de cursilería. «Dónde diablos hay alguien especial», pensó, como si existiera (y después de cumplir los cuarenta, ésa era una certeza de las que te dejan asomada al abismo) sobre la faz de la tierra un hombre

con el que compartir la colcha de Manila y las sábanas con bordados en realce y delicadísimo richelieu...

Después de Asier, después de la ruptura con Asier, y de aquel arrebatado de adolescencia que se le desató como consecuencia inesperada, traducida en una retahíla de novios, amigos, amantes, con la duración aproximada de los amores de los catorce años, no había habido nadie realmente especial. Desde luego, no lo suficiente como para que mereciera la pena sacar del armario perfumado con saquitos de lavanda aquellas sábanas que, para empezar, antes de colocarlas en la cama, era preciso planchar con esmero, así que ante una cita siempre pensaba que psé, que total para qué. Y después, cuando se quedaba sola en cada una de esas ocasiones, se alegraba mucho de no haberlo hecho, porque realmente no habría merecido la pena.

Después de Asier, pensó Aida. Nadie especial después de Asier. Y mientras cerraba el cuaderno y miraba el reloj, sorprendida de pronto porque ya era la hora de ir al periódico, cayó en la cuenta de que en los doce años que había vivido con Asier ni una sola vez se le ocurrió sacar las sábanas bordadas y compartirlas con él.

El diario *El Carbayón* describió el entierro de Ángeles Ariznabarreta como una impresionante manifestación de duelo que, por otro lado, era la fórmula utilizada con más frecuencia por el redactor que se encargaba de las crónicas de funerales. Se hizo mención, describiéndolo detalladamente, al carruaje tirado de cuatro caballos emplumados con penachos morados, algo nunca visto en la comarca, a los crespones, los cirios encendidos, a la masiva afluencia de los trabajadores de la Sociedad Hullera Española, encabezados por los máximos representantes del Sindicato Católico, a la presencia de los párrocos de Santa Cruz, Moreda, Boo, Ujo, Figaredo, Pola de Lena y al capellán de Bustiello, que leyó durante el funeral un mensaje de monseñor Baztán y Urniza, obispo de Oviedo, en el que expresaba sus condolencias. El cronista se hacía eco de las tristes circunstancias en que se había producido el fallecimiento de la esposa del director, al dar a luz, y de los

niños que quedaban huérfanos, aunque se equivocaba en los nombres y en las edades, lo que también era bastante frecuente. Y además, en descargo del plumilla, habría que señalar que la familia de Montañés era un poco peculiar en cuanto a los nombres. El de Sidra sólo llamaba a error durante unos segundos: cualquier parecido con la chispeante bebida y la alegría derivada de ella chocaba frontalmente con la aspereza que propiciaba el primer encuentro con ella, y se incrementaba con la antipatía, el carácter desabrido y taciturno del que hacía gala, a poco que se cruzaran dos o tres palabras. En definitiva: Sidra, que tenía nombre de juega, era tan macilenta como huraña. Y ni siquiera se llamaba así. Cómo iba a haberla llamado así su padre. En realidad, Sidra era Isidra, lo que no dejaba de ser una faena onomástica como otra cualquiera, de esas que casi siempre son resultado de decisiones paternas, enturbiadas por la emoción del momento, o el alcohol de la celebración previa a la inscripción en el registro. En el caso de Benito Montañés, no se debía ni a lo uno ni a lo otro. Como sucedía con la mayor parte de los actos que iban tejiendo su conducta, la elección del nombre era una decisión ponderada, y, sí, bastante estrafalaria, pero qué le iba a hacer él, si al fin y al cabo había sido cosa del Altísimo lo de que el sexo de su primer hijo fuera femenino en lugar del varón que él estaba seguro de que Ángeles Ariznabarreta le daría... Porque se habría llamado Isidro, que era el patrono de Madrid, la ciudad que había dejado atrás y en la que había vivido toda su vida hasta que el azar y su noviazgo con aquella chica de Bilbao que conoció en El Suizo terminaron por llevarlo hasta Asturias.

Y es que Benito siempre tuvo muy clara la diferencia entre el verbo *ser* y el verbo *estar*, y él estaba en Asturias, pero era madrileño y lo sería toda su vida, de modo que la estancia en el norte venía a ser una especie de exilio necesario, una emigración de lujo (al fin y al cabo, él había pasado de ser un contable más o menos brillante a convertirse en director de una empresa en unas circunstancias en que su cargo lo nombraba algo así como virrey de una comarca en la que cualquiera que no fuera minero ya era alguien), y su vida debería mantenerse tan madrileña como pudiera. Eso lo llevó a convertir Pomar en algo parecido

a una isla en la que se celebraba con comida especial el 15 de mayo, y las criadas tuvieron que aprender a hacer cocido madrileño («Los garbanzos de toa la vida —mascullaba Dorotea—, van a contame a mí cómo coña se hacen unos garbanzos...»), o a cortar en trozos más pequeños los callos para que al señor le recordaran los que comía en casa de su madre (pero nunca se lo recordaban lo suficiente), o a reproducir los gestos y las actitudes que tendría un mediodía por el Retiro en su paseo, primero con Ángeles y luego con los niños, por la carretera hasta Taruelo o hasta Caborana. A esta intención de mantener en Pomar una especie de Petit Madrid, se sumaban otros mil pequeños detalles que incluían la prohibición expresa de las palabras en asturiano a los criados (lo que generaba situaciones verdaderamente hilarantes), y por supuesto a sus hijos, que tenían del todo vedada cualquier relación con niños que no fueran los hijos de don Efrén, el médico, y los de don Gustavo, el ingeniero, si bien los del primero le hicieran torcer el gesto, porque para su gusto estaban bastante contaminados en la medida en que iban al colegio de los frailes de La Salle y compartían pupitre con los hijos de los mineros, aunque qué podía esperarse, si don Efrén al fin y al cabo tenía los orígenes que tenía y no dejaba de ser una especie de desclasado, alguien que, por obra y gracia de algún extraño y oscuro milagro y la instrucción correspondiente, no dejaba de ser el hijo de un pescador venido a más, lo que producía una extraña incomodidad a quienes lo trataban: siempre había un no sé qué de sospecha acerca de en qué lado de aquella trinchera tan definitiva estaba situado.

Así que, con semejantes antecedentes, era lógico que a su primera hija la estigmatizara para siempre con el nombre de Isidra. Y aunque con el segundo, nacido cuatro años después como si fuera un milagro, cuando tanto Benito como Ángeles pensaban que ya no tendrían más hijos, hizo una concesión a la normalidad y le puso el nombre de Manuel —más que nada porque resultaba ser el de los dos abuelos del niño (al fin y al cabo, ponerle Isidro habría sido una redundancia incluso para él)—, cuando llegaron las inesperadas y también milagrosas trillizas, encontró la excusa perfecta para honrar a las advocacio-

nes madrileñas por excelencia: quedó claro desde el principio que una sería Paloma, que otra sería Almudena y, ante la inexistencia de una tercera Virgen inequívocamente castiza, Benito Montañés tomó la decisión de llamar a la tercera María de la Cabeza, en honor de la mujer de San Isidro..., hasta que Ángeles, aún sin fuerzas y absolutamente destrozada tras un parto que parecía que no iba a terminarse nunca y que puso a prueba a médico y comadrona, que jamás se habían visto en otra parecida, se incorporó y gritó casi con más energía que durante las primeras horas del parto:

—¡¡Ni María de la Cabeza, ni María de los Pies, o ya sabes dónde vas a dormir lo que te queda de vida, cojones!!

Y el director, absolutamente asombrado por aquella salida de tono de su mujer, que hasta ese momento había sido la sumisión personificada, y mudo por lo rotundo y brutal de la expresión, que jamás habría pensado oír de sus labios, no se atrevió a decir nada y asumió que el nombre de la tercera de las trillizas sería una concesión a la ignorada y casi olvidada tierra de su mujer y se llamaría Begoña, que era la patrona de Bilbao, y de paso llevaría el nombre de la prima y confidente que era visita habitual en la casa de Pomar, donde pasaba largas temporadas.

Y sin embargo, cuando nació Claudia, en ningún momento había tenido ni la más mínima tentación de rebuscar entre el santoral alguna referencia madrileña: a Benito Montañés le interesaba bastante más que la niña (lástima que, como cuando Sidra, tampoco fuera un varón) llevara el nombre de su admirado, de su idolatrado Marqués, don Claudio López Bru.

Como tenía que pasarse por el Ayuntamiento, porque la portavoz del grupo municipal Popular estaba empeñada en que todo el mundo supiera por qué su grupo se oponía a la desacralización de la iglesia de la Universidad Laboral para convertirla en un Centro de Interpretación del Territorio, que a ver dónde se había visto semejante desatino, y había convocado una rueda de prensa al efecto, Aida aprovechó para entrar a tomarse un café en el Roma, en la Plazuela. Y como cada vez que lo hacía, volvió a sen-

tir anudada en la garganta la nostalgia del café San Miguel y volvió a maldecirse por aquella especie de traición para con el viejo café, sus olores antiguos, el fantasma de las conversaciones que flotaban en el aire. Odiaba el Roma: sus camareros cambiantes, tan torpes como seguramente mal pagados por alguna ETT; sus mesas diminutas, demasiado juntas, que impedían mantener una conversación que no se convirtiera en el mismo instante de producirse en patrimonio a la fuerza del resto de los clientes; la frialdad de sus suelos; los espejos; hasta las sillas le resultaban antipáticas. En realidad, más que por cuestiones estéticas, que también, odiaba el Roma porque su apertura (y por tanto la desaparición del añorado Cafetón) había coincidido con el tiempo en que Asier la dejó. De hecho, el desastre final de aquella relación que había sido fuego y océano al mismo tiempo se había iniciado por los mismos días en que en el edificio se colgó un cartel de Promocasa que anunciaba la inminente rehabilitación y la conversión de aquella ruina de tres pisos de persianas desvencijadas y cristales rotos en que se había convertido con el paso de los años la obra de Manuel del Busto —de aire neobarroco, con toques modernistas y complejos pináculos de remate y con aquella cúpula elevada sobre la rotonda con mansardas— en pisos y apartamentos. En aquel momento se supo con certeza lo que ya se venía rumoreando: que el café San Miguel tenía los días contados, lo que sirvió para que se extendiera como una marea suave pero implacable una extraña tristeza con vocación de anegar silenciosamente a los clientes habituales, a los taxistas de la parada, a todos los vecinos de la zona. Aida asociaba esa sensación a la tristeza íntima y feroz que había anidado en ella cuando supo que Asier terminaría por dejarla. Un amor en ruinas, un par de vidas que tenían que ser rehabilitadas como el edificio en el que estaba su café: la mesa de siempre, la situada junto a la ventana del medio de las tres que daban a Ruiz Gómez, aquella desde la que había visto llegar a Asier saliendo de Uría, la primera vez que quedaron, con su jersey de colores y su fular violeta al cuello. La misma mesa junto a la ventana que, vista desde fuera, le recordaba tanto los cafés de Hopper, solitarios incluso en mitad del bullicio, el mismo viejo y querido café en el que se fueron quedando

palabras y gestos, promesas y labios, como si el recinto pudiera albergar la memoria de las confidencias de los primeros tiempos, el descubrimiento de tantas cosas en común, la risa. Se reían tanto entonces. Aida se preguntaba en aquella época, cuando ya supieron que no había nada que hacer, qué se había hecho de tantas risas, en qué esquina del tiempo se quedó, no ya el temblor, que era consciente de que era una de esas manifestaciones con fecha de caducidad, sino la complicidad; qué había sido de lo que ellos eran entonces, por qué se les cansó la mirada, en qué instante desapareció la magia. No podía evitar que de vez en cuando todo eso entrara como un visitante inesperado, con la misma violencia con que el viento se levantaba a veces de golpe, cuando pedía un café en la barra del Roma, adonde inevitablemente seguía acudiendo, porque también entonces, cuando la rehabilitación, dio por hecho que había que seguir adelante: que enterrar el pasado era una buena opción y que a nueva vida, nuevos escenarios. Y del mismo modo en que abandonó la larga melena rizada, consideró que tampoco sería tan mala cosa terminar por asumir que Asier ya no estaba. Aunque siguiera viéndolo casi a diario en el periódico y en la asociación, incluso aunque a veces terminaran por acostarse juntos en virtud de no se sabía muy bien qué extraña alianza de piel y seguramente de feromonas. Asier ya no estaba, y el café Roma sustituía, con esa concesión a una tan pulcra como aséptica modernidad, los cien años de historias tejidas en las viejas mesas de mármol, en los sofás mugrientos adosados a la pared del fondo, al amor, cuando era amor y no ese sucedáneo de tipos de rostro fugaz que desaparecían de su vida con la misma premura con que apuraban la urgencia de su deseo.

En Santa Cruz, en toda la comarca del Aller y en general en toda la cuenca, jamás se había visto nada parecido a lo que había sido el entierro de Ángeles Ariznabarreta.

Que la esposa del director de la Sociedad Hullera era una señora, tan alejada de la estrechez polvorienta del valle y de sus gentes, era algo asumido como natural por todos, del mismo modo que siempre ha habido ricos y pobres. También lo era el

hecho de que sus vestidos y sus sombreros llegaran desde Madrid o Barcelona, adonde viajaba a principios de cada temporada para ver a su modista, con la que elegía telas y modelos de los figurines que le enviaban desde París que habían adoptado las influencias del modelo *Gibson girl*, y que a pesar de la seriedad de su gesto, y posiblemente por la influencia de su prima Begoña, Ángeles había incorporado poco después de casarse, abandonando para ello las enaguas de crinolina, protagonistas indiscutibles de su atuendo hasta ese momento. Y con ese modelo se había quedado, insensible a los nuevos aires que a partir de 1910, y por la influencia del Ballet Ruso y personajes como Isadora Duncan, empezaron a cambiar rotundamente la imagen de la mujer. Eso de que las faldas se acortaran y mostraran los tobillos, y que el cuello de los vestidos, que siempre habían dejado la garganta como un territorio confuso e inexplorado, mostrara que existía vida y piel por debajo de las orejas siempre le pareció un atrevimiento intolerable incluso en alguien tan dado a incorporar lo último de lo último en moda como su prima Begoña que, inexplicablemente, no terminaba de entender que, con treinta años y sin novio a la vista, estaba abocada de un modo inexorable a vestir santos.

Todos asumían como normal que la casa de Montañés, al igual que la del ingeniero, fuera casi una mansión, y que dispusiera de agua corriente gracias a un depósito, y un cuarto de baño con una enorme bañera de cobre patinado, con un interior de estaño pulido, mientras que los mineros a la salida del pozo se lavaban por partes en una palangana con agua helada. Y que en cada dormitorio predominara un color: las paredes, las contraventanas, las cortinas, las colchas, los almohadones y hasta los bibelots (a Ángeles le encantaba pronunciar en francés siempre que tenía ocasión, aunque Dorotea nunca hubiera entendido del todo qué era aquello de *bibelós* y por qué la señora llamaba así lo que toda la vida de Dios se había llamado «figurines y mariconauques») combinaban las distintas tonalidades que se hubiera dispuesto para cada uno de ellos. Así, el azul era el del matrimonio, el rosa el de Sidra, el amarillo el de Manuel, el violeta el de las trillizas. Las criadas que trabajaban en la casa solían quedar impresionadas la primera vez que iban abriendo las puertas, por mucho que

hubieran oído hablar de ello a sus antecesoras en la fuente, cuando iban a por agua, o en el lavadero. Aquella casa no sólo era lujosa. En realidad, eso era muy sencillo en aquel pedazo de tierra: no se necesitaban grandes alardes para que aparecieran como miserables las viviendas de los mineros, diminutas para las recuas de niños que integraban las familias, sin apenas muebles, con jergones en muchos casos como único lugar donde amontonarse para dormir. Lujosa era también, desde esa perspectiva, la casa de don Efrén, y la de don Gustavo, pero la de Montañés, además, tenía un gusto extraordinario tras el que se adivinaba siempre la mano firme de Ángeles y el buen criterio a la hora de conseguir de su marido que no le importara firmar las facturas que acompañaban a la entrega de determinados muebles, o que hiciera la vista gorda ante la presencia de veladores nuevos, o de una alfombra impecable que sustituía a otra que aún estaba en buen uso, o de aquella manía de su mujer por sus dichosos bibelots, que como en una especie de maldición se multiplicaban por repisas y vitrinas, a veces en forma de arcángeles y otras de elefantes, de porcelana o de marfil; cajitas de origen desconocido y con olores extraños cuando se abrían; rosarios de cuentas de cristal, de ágata negra, de pétalos de rosa; pequeños barcos sin más vocación que un charco diminuto; recipientes de rapé; animales mitológicos; abanicos; dedales; búcaros; benditeras; tallas de jade, que convertían la casa en algo que se parecía bastante a un museo heterodoxo y extravagante, capaz de generar en Dorotea un ataque de ansiedad cada vez que (y ya procuraba que entre una y otra hubiera por lo menos quince días de tregua) tocaba limpiar «les menudencies» aquellas a las que la señora tenía tantísima afición.

También se consideraba normal, a pesar del errático comportamiento del médico —al que sí que le parecía que la de los frailes era una buena educación para sus hijos y que tampoco iba a sentarles mal lo de compartir banco con los rapaces de la zona, y que al fin y al cabo, que llegaran con piojos a casa de vez en cuando, o descalabrados por la puntería de los de Grammeo, particularmente hábiles a la hora de lanzar piedras, no dejaban de ser asuntos que formaban parte de lo que él consideraba, para escándalo y absoluta incompreensión de don Gustavo

y de Montañés, una educación integral—, que los niños de la familia Montañés se educaran en su propia casa. Para ello llegaba desde Mieres un profesor particular que se encargaba de la educación básica de los niños: leer, escribir, manejar las cuatro reglas, algo de historia... Pero su verdadero cometido era instruir a Manuel en álgebra, geometría, contabilidad, geografía, dibujo técnico, geología y todo aquello que le sería útil en el futuro para ocupar un cargo de importancia en la empresa, que su padre no dudaba de que estaría aguardándole en cuanto tuviera la edad necesaria: de que los conocimientos no faltaran ya se encargaría él. Las niñas, por su parte, recibían las clases de una profesora ovetense que durante cuatro meses al año se quedaba interna en la casa, y de forma intensiva conseguía que el piano sonara de un modo aceptable bajo los aplicados dedos de Sidra y, sobre todo, que las trillizas tocaran a seis manos algo que se parecía a la «Romanza» y el «Vals en la mayor» de Rajmáninov. Con eso y las clases de bordado, su educación estaba más que completa.

Aun así, a pesar de que ya se sabía que los Montañés eran como seres de otro planeta, la gente de la comarca tardó muchísimo tiempo en olvidar el entierro de Ángeles Ariznabarreta. Ya no era por los caballos, el carruaje, los penachos y el olor a cera quemada que durante días flotó en el ambiente por la cantidad de cirios encendidos que acompañaron al cadáver. Fue sobre todo porque aquello vino a contradecir el consolador pensamiento de que la muerte nos iguala a todos. Porque no era cierto. No eran iguales las muertes de los ricos que las de los pobres. Y no sólo se trataba de que la mujer de Montañés iba amortajada con raso en un ataúd de una madera tan brillante que jamás nadie había visto nada parecido, y que la mayoría de los muertos de la zona ni siquiera tenían para que Jandro, el carpintero, improvisara un cajón para enterrarlos y tuvieran que recurrir al ataúd que tenía la iglesia colocado en el cabildo y que se usaba para transportar a los muertos hasta la fosa donde se los depositaba para luego, ya vacío, volver a su ubicación a la espera del siguiente entierro.

Era algo más sutil y sólo algún tiempo después cayeron en la cuenta. En una comarca acostumbrada a verle la cara casi a diario a una muerte irrespetuosa con la edad de quienes se

llevaba, con las historias que arrancaba de cuajo, con los gritos desgarrados de tanta viuda, de tantos padres, de tantos hijos, resultaba extraño, solemne y hasta conmovedor que Benito Montañés, sus cinco hijos y la prima Begoña, rigurosamente vestidos de negro, acompañaran al cadáver en todo momento, y casi solos, iniciaran la subida al cementerio, una vez que se despidió el duelo en La Cruz. Y que ninguno de ellos (seguramente ésa y no otra era la forma de demostrar que ellos eran diferentes, que no hacían ni la más mínima concesión que pudiera alimentar los comentarios, tanto los maliciosos como los compasivos) derramara ni una sola lágrima.

De: Aida G. Montañés [mailto:aida.g.montanes@gmail.com]
Enviado: viernes, 17 de agosto de 2007 19:58
Para: brunobranha51@gmail.com
Asunto: Lo prometido

... es deuda. Así que te envió la entrevista del otro día, porque por alguna misteriosa razón, no se puede encontrar en la edición digital.

Te la he escaneado: así también ves la foto que te hizo Asier, mi fotógrafo, que a mí me parece que está bastante bien.

Espero que te guste cómo quedó, la entrevista, digo, aunque me parece y te parecerá un puro apunte de todo lo que hablamos. Yo me lo pasé muy bien. Nunca dedico tanto tiempo a una entrevista, te lo aseguro, y si lo hice fue porque me sentía muy cómoda. Y me sorprendió ver que tienes los ojos azules. Ya. Te parecerá una gilipollez, pero ten en cuenta que la mayor parte de las imágenes que tengo de ti son en blanco y negro. Bueno, una vez te vi en el teatro, en una obra de Dario Fo, *Muerte accidental de un anarquista*. Hacías de comisario, pero el escenario estaba demasiado lejos como para enterarme del color de tus ojos. Además, fue realmente curioso, porque en el momento en que me dijiste que hablabas conmigo como si me conocie-

ras de mucho tiempo atrás, yo estaba pensando justamente lo mismo. Eso no me pasa casi nunca. Fíjate que un poco más que hubiéramos seguido hablando, y habría dejado de preguntarte, para empezar a contarte mi vida. Eso que saliste ganando, la verdad...

Ya me sentí muy favorablemente predispuesta porque tuviste el acierto de llamarme Aida, así con el acento en la primera A. Me paso la vida explicándole a la gente que no es Aída, que es Áida. Y la mayor parte de las veces tengo que empezar por explicar lo de Aida Lafuente y todo lo demás. Así que casi me caigo de espaldas cuando descubrí que tú sí que conocías la historia. De todos modos te adjunto el *link* de Youtube, para que puedas escucharla en la versión de Nuberu.

También quería decirte que estuve viéndote en el teatro esa misma noche, a pesar de que cuando me diste las entradas bromeaste con que seguro que no iría. La obra no estaba muy allá, tenías razón tú, y la actriz, ay Dios, mejor no hablamos de la actriz, pero tú estuviste muy bien. Y hubo un momento en que tuve la sensación de que me mirabas, aunque me imagino que cuando uno está actuando no verá a los espectadores, por mucho que estén en la tercera fila como estaba yo.

Luego pensé en pasar al camerino, para saludarte y eso, pero me pareció un poco absurdo. O no. No lo sé. Ahora lo que me parece absurdo es no haberlo hecho.

Es curioso. Estoy escribiéndote y tengo la sensación de que hay muchas cosas por decir. Pero no me hagas caso: para mí la palabra es oficio y es vicio, no tengo remedio.

Pues eso, que no me hagas mucho caso.

Un beso, y ya sabes dónde estoy,

Aida

Sobre la autora

Laura Castañón (Mieres, 1961) dirige talleres literarios e imparte cursos de Creación Literaria, Literatura y Comunicación desde mediados de los años ochenta. También ha trabajado en radio y en televisión, ha sido jefa de prensa y ha desarrollado labores de programación cultural y comunicación empresarial. *Dejar las cosas en sus días* es su primera novela.